San Antonio, el sepulcro del conde de Tolosa erigido en las Carmelitas por Lemoine, y esto es todo.

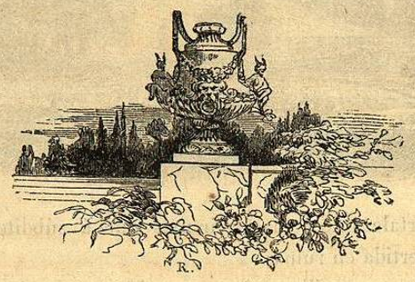
Algun literato de la localidad os dirá que ciertos hombres célebres nacieron allí. De este número son Pedro de Ailly, Juan Fillion de Venettes, Santiago de Billy, Marco Antonio Hersau, y en fin, Claudio Francisco Mernier, autor de novelas bastante inmorales; mas no debe confundirse con el autor del *Cuadro de Paris*, de quien fué contemporáneo.

Sí, sea lo que fuere del esplendor que estas ilustraciones den al país, Compiègne no es otra cosa, preciso es repetirlo, que una villa insulsa, sin color ni fisonomia.

Compiègne ha despertado en nuestros dias al ruido de las trompas con que las cazas de Cárlos X llenaban el bosque. Decididamente la caza es mala para los reyes de Francia. Carlos X y Carloman han sido de esto una triste esperiencia.

De tantos altos hechos, de tanta gloria, de tan noble orìgen, de tan ilustres huéspedes, ¿cuáles son las figuras salientes que dominan estos recuerdos? Las de dos jóvenes de Vaucouleurs; Juana la doncella y Juana Vaubernier; la una que fué la salud de la monarquìa, la otra su perdicion.

MARQUÉS DE MONTEREAU.



BELLEVILLE.

LOS PRADOS DE SAN GERVASIO. ROMAINVILLE. MENILMONTANT.

Vamos á las cercanías de San Gervasio
á comer sobre un fresco césped.
(DESAUGIERS.)

¡Cuán feliz, contento y tranquilo está
uno en Romainville! Ese bosque
encantador ofrece mil recreos á los
amantes.
(ALISSAN DE CHAZET.)

Por todas partes he ejercido un poco el oficio de viagero: cuando una montaña me presenta su base, siento en ella el pié con alegría; pero debo á la verdad confesar que rara vez he llegado á la cima.

Cuando se ha tratado de escalar la cabaña del hechicero de Puy-de-Dôme, ó el nido de piedra del Gitano de los Pirineos, he marchado á vanguardia; jamás vacilé en penetrar en nuestros bellos Alpes de la Iseria, en busca del gran claustro de San Bruno que nunca inspiró al bardo nómada un solo pensamiento, un solo verso que fuesen el reflejo de su severa poesía.

He procurado conciliar mi ardor por las escursiones montañosas y mi aversion hácia las habitaciones que se inclinan, ó mas prosaicamente, que se encaraman en hilera sobre las colinas, pegadas unas á otras como las muchachas á quienes se ve subir una calle de Paitou ó de la Saintouge. Para mí, el aspecto de la morada del hombre rompe la armonía de esas líneas atrevidas que corren del pié á la cumbre de las montañas, y que la vista sigue con tanto placer, sea que se resuelvan en conos unidos ó que se estiendan formando una faja de largos y caprichosos arabescos. La aversion que profeso á la montaña habitada es tal, que si un amigo me

propone hacer una escursion á Montmartre y à Belleville, me siento poseido súbitamente de disgusto por el paseo, mis piernas no soportan el peso del cuerpo, mis articulaciones se oxidan, soy estatua ante esas masas gipsosas convertidas en casas, y no consiento en continuar el viage sino bajo la condicion que te impongo, lector, de cambiar la posicion, ó en otros términos, de tomar otro camino.

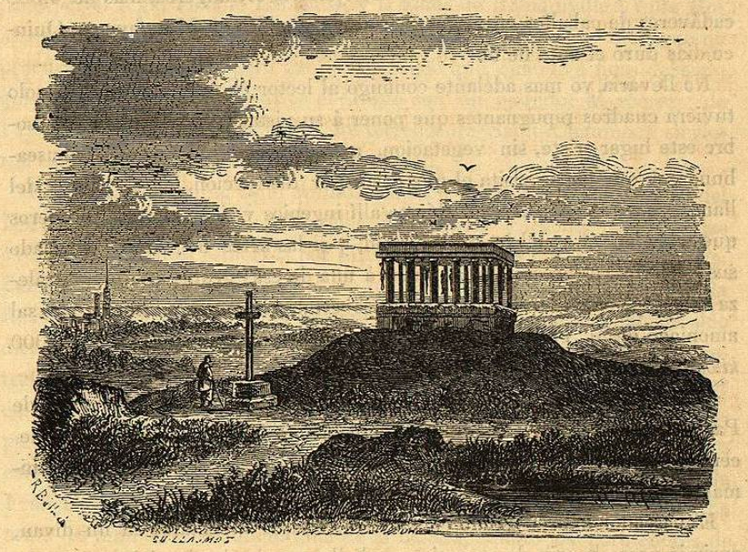
Así, pues, para satisfacer mi capricho, me seguiréis à través de los campos en la esploracion que vamos á hacer de Belleville y de sus alrededores.

Como yo me desprendo un poco de mi antipatía á las calles de montaña cuando se trata de bajarlas, encontrarémos de vuelta el Belleville de abajo ó la Courtille.

En todos tiempos han querido los ministros eternizar lo que por su naturaleza carece de vida; su accion temporal sobre el gran movimiento político del mundo, dejar grabado su fugitivo paso por el disco político. Enguerrand de Marigny quiso, segun se dice, dejar un *monumento* á la posteridad, é hizo levantar à *Montfaucon;* pero bajando el favor del ministro á medida que subia el edificio, vino la fortuna en ausilio de su orgullo, preparándole un fin trágico que contribuyó mas á la longevidad de su memoria, de lo que lo habria hecho la promulgacion de una buena ley ó un acto de noble justicia. Sin Montfaucon, del que fué la primera presa, Enguerrand de Marigny seria en nuestros dias uno de esos nombres perdidos que los novelistas ecshuman de las leyendas apolilladas, para dar viveza al color histórico. Un cadalso hace vivir cinco siglos á un hombre público; pocas acciones grandes lo llevan tan léjos.

Seria una danza de grande efecto en una pluma magnética la zarabanda de los muertos ejecutada por los huéspedes de Montfaucon: los ministros de hacienda harian los honores del walz satánico; hay allí hasta cinco esqueletos de ellos que la brisa ha bamboleado. Despues la cifra de honor pertenece de derecho á los magistrados que han vendido la justicia á los ricos y la han rehusado á los pobres. Esta es historia antigua, lectores, no vayais á buscar en ella una alusion maligna. Viene en seguida el ministro barbero de Luis XI, Señor Olivier Ledaier que, en arreglo de cuentas, fué entregado al verdugo asombrado de tener que ejercitar sus manos en un maestro mas esperto que él en la materia. El baile podria estenderse á la masa de piedra que servia de base al odioso edificio, y de bóveda á una vasta cueva cerrada con una reja de fierro en que caian mezclados los restos humanos que se desprendian de las cadenas de Montfaucon y las carnes de los ejecutados en otros patíbulos. Muchos grandes del mundo y acaso tambien muchos inocentes, han llevado allí sus huesos.

Montfaucon tuvo el destino de esos instrumentos terribles que ha criado la humanidad para justas represalias, pero de que abusa y abusará todavía mucho tiempo en sus dias de fiebre y de vértigo. El cadalso recibió al almirante de Coligny, como mas tarde la hacha cortó las cabezas de Estuardo y de Luis XVI; pero aquel fué el último trofeo de Montfaucon, y ya por el año 1760 no quedaban en pié mas que dos ó tres pilares de ese patíbulo, cuyos últimos vestigios desaparecieron completamente àntes de que acabara el siglo XVIII.



En nuestros dias el destino de Montfaucon ha cambiado: en otro tiempo fué lugar de horror y hoy de disgusto. Es el depósito de las inmundicias, y en una época larga se hicieron en este sitio las operaciones del matadero (1): allí estaba el grande osario de los animales domésticos que ayudan al hombre en su trabajo y le sirven en sus placeres y en su lujo; en Montfaucon terminaron su ecsistencia los caballos de batalla de Napoleon y de sus lugartenientes despues de haber pasado por muchas trasformaciones sociales. Se dice que no hay ejemplo de que un caballo del *Circo Olímpico* haya muerto en el matadero. Tanto mejor! Ese es un pensamiento consolador que prueba en favor del arte profesional. Cuando se aprende un oficio, aunque sea el de acróbata, siempre queda de él alguna cosa y se

(1) Hace algunos meses se ha puesto un matadero en el llano de las Virtude, cerca de la aldea de Aubervillers.

le saca provecho hasta lo infinito. El caballo del Circo Olímpico que envejece á los golpes de los picadores parisienses, va á parar desterrado á las compañías nómadas: ya mas viejo pasa de la pequeña villa á la feria comunal, y trabaja hasta que muere sobre la menuda yerba de un prado. Los caballos de los banqueros, de las grandes señores y de las actrices, van à Montfaucon. Es verdad que á veces sus dueños no acaban de modo mas brillante.

En 1814, cuando la invasion de los ejércitos estrangeros, mas de 4.000 cadáveres de caballos enemigos fueron consumidos en Montfaucon. Quince dias duró el auto de fé.

No llevaria yo mas adelante conmigo al lector en este camino, si solo tuviera cuadros repugnantes que poner á su vista; pero la ciencia vela sobre este lugar triste, sin vegetacion, marcado con infiltraciones nauseabundas y que jamas visita el que pasea por distraccion, ni el pájaro del llano. Pero la industria ha abierto allí ingenios y tiene intrépidos obreros que trabajan en aquel lugar. Llegad, y si las artes no os ban revelado sus misterios, os creeréis trasladados à una de esas grutas que la naturaleza se complace en tapizar de brillantes estaláctitas: es la fàbrica de sal amoniaco de M. Figuera, mina fecunda que da al comercio cada dia 2.000 *kilos* de productos.

Subiendo al punto mas elevado que domina á todos los monumentos de Paris, habrìais visto, hace algunos meses, cómo sabe la química engrandecer los recursos de las artes, trasformando los restos inútiles de los animales.

El paseador habria podido convencerse de que al sentarse en un divan, oprimia acaso la crin de su antiguo caballo, que los huesos del cuadrúpedo produjeron el barniz de sus botas, las carnes el azul de sus telas, las partes musculares el brillo de los esmaltes que adornan sus escudos de armas y sus alhajas y la prima que vibra en su violin.

En nuestros dias Montfaucon ha sido y es un gran laboratorio, y lo que pasa allí vale bien la pena de que se arriesguen algunas aspiraciones amoniacales. Paciencia, dentro de poco tiempo ese lugar, que es el espanto de la poblacion, estará del todo trasformado: el trabajo del hombre prepara allí nuevos milagros; esos pantanos de Lerue serán purgados por medio de arterias subterràneas; todo lo que puede ofender la vista y el olfato desaparecerá con la rapidez de la magia; se afirmará el suelo y la tierra vegetal volverá á cubrir la superficie. Los terrenos de Saint-Chaumont presentarán à Montfaucon sus ricos y verdes pechos; este sacarà de ellos la savia y la vida, poco á poco usurpará su nombre, confundiràn esas tierras su estado civil, y Montfaucon será borrado del catastro. Entónces la voz

de lo pasado callará y dejará de enviar la tradicion á las generaciones indifentes que vendrán à bailar al mismo lugar en que se ahorcaba en otro tiempo.

Todo ese territorio que veis á vuestros piés desde las alturas de Saint-Chaumont, tiene sus misterios que los cronistas no nos han revelado, y sobre los cuales guarda silencio la tradicion. Cuando César llevó la guerra à las Galias, el territorio de Saint-Chaumont formó parte del espacio ocupado por el lugarteniente Labienus, y la aldea de Romainville (Villa Romana), recibió el nombre de aquellos sucesos? Hé aquí una duda que no procurarémos resolver; pero tampoco la tiene que, cuando á fines del siglo quinto fué el emperador Cárlos el Gordo con un ejército, al socorro de Paris, sitiado por los Normandos, los terrenos de Saint-Chaumont sirvieron de murallas naturales contra la agresion.

En 1814, como en el siglo quinto, vinieron otra vez los hombres del Norte á plantar sus lanzas à las puertas de Paris. El honor nacional hizo entónces impotentes esfuerzos por salvar á la primera ciudad de Francia: Saint-Chaumont fué el teatro de esa lucha de la desesperacion contra la fuerza. La Francia no tenia ejército en esa vez; los hombres habian sido diezmados por las escarchas, y todo lo habia destruido ó mutilado la metralla; no habia mas que inválidos, conscriptos y niños. Los inválidos, los conscriptos y los niños, hicieron lo que sus hermanos mayores y lo que sus padres, ofrecerse á la muerte que los aceptó en gran número!.... Ellos caian cantando! En esas últimas horas de una agonía de que escapó la Francia, no se desmintió el carácter nacional. En la noche no ocupaba tanto los ànimos el resultado final de la batalla, cuanto los pormenores de la muerte del ventrílocuo Fitz-James, á quien una bala de cañon arrebató de las filas de la guardia nacional.

Entre los alumnos de la Escuela Politécnica, que ofrecieron su sangre á la Francia, se hallaba un jóven soldado, que mas tarde vino á ser el papa ó padre supremo de los Saint-Simonianos. Treinta años separaban entónces á aquel jóven, del momento en que debia poner, en las cercanías del campo de batalla, *la primera piedra de su frágil iglesia.*

En direccion de las tierras de Saint-Chaumont avanzando hàcia el Norte, se estiende la vista hasta las orillas del bosque de espantosa memoria:

«¿Sabeis lo que se refiere de los malhechores del bosque de Bondy? Lo que se dice de ellos causa horror, y nada de lo que se dice es cuento.»

Si hemos de dar crédito á esta leyenda, ese viejo bosque de Bondy *gozaba* en otro tiempo de muy mala reputacion. Acaso haya algo que rebajar: pero sea como fuere, lo cierto es que las costumbres han cambiado mucho; que en nuestros dias los señores malhechores viven poco en los

bosques; que economizan los gastos de viage; que el crímen al aire libre espone á sabañones, y que de veinte crímenes, quince se cometen en medio de la buena ciudad de Paris, en los bigotes del sargento de policía. Si los bosques no fueran de tiempo en tiempo el teatro de algun robo de conejos ó de algunas escaramuzas entre guardas y cazadores, verdaderamente no sé para qué servirian.

Entretanto repito con un viejo cronista, que la mala fama del bosque de Bondy podia provenir de otra causa que no fuese *carnicería*, porque el rey Enrique IV tenia dada la órden secreta de que se dejase subsistir, y aun se esforzara la opinion en que vivian la corte y la ciudad, sobre el peligro que presentaba el *bosque de Bondy*. A ciertas horas del dia, gustaba de ir allá acompañado de varios oficiales; con frecuencia penetraba en lo mas espeso del bosque, y se le oyó contar que habia prometido á una bella abadesa de Montmartre, hacerla visitar el bosque de Bondy. En el dia señalado se preparó un coche, y la abadesa se atrevió à ir á rezar su rosario en compañía del rey. Algun tiempo despues dijo este á la abadesa, que ni un solo crìmen se habia cometido en el bosque desde el dia en que ella rezó el rosario, y con este motivo pidió la monja renovar el exorcismo de los malvados villanos, como se ejecutó, disponiéndose al efecto una nueva caravana. El rey propuso una tercera peregrinacion para quince dias despues, y empleó el tiempo intermedio en construir un pabellon que trasformó en elegante oratorio. Cuando hizo entrar en él á la abadesa, le dijo que no tendrian los ladrones la audacia de tocar á nada de cuanto hubiera en un templo tan santo: à lo que la abadesa replicó:

—¿Seria igualmente honrado el rey de Francia?

El pabellon de Enrique IV ecsistia todavìa á la orilla del bosque de Bondy, á fines del reinado de Luis XV. Es el décimo-cuarto castillo, dice el historiador de quien tomo esta relacion, que el rey de Francia hizo construir para gentiles-damas, fuera de su buena ciudad de Paris.

Gabriela de Estrées ignoraba en su pabellon de Pautin las peregrinaciones que el Bearnés hacia al oratorio de Bondy? La abadesa de quien acabo de hacer mencion, era, sin duda, Claudina de Beauvilliers.

Casi dos siglos despues la famosa Fillion, habiendo obtenido la provision de un beneficio, por ciertos servicios de corte que se pagaban entónces en toda clase de moneda, dió al abate Dubois la direccion de Montmartre: luego estendió el brazo hácia el claustro de que la abadesa de Beauvilliers habia sido directora, y preguntó al abad si consentiria en darle lo que ella señalara con el dedo.

—Sí, dijo el abate, á escepcion de dos cosas; mi cabeza y la abadía.

—Viejo patarato, replicó la Fillion, es mas astuto que garduña con hambre. Este era el lenguage familiar de la época.

Algunos historiadores han querido poner en duda el episodio del galgo de Aubry de Montdidier, cuyo teatro era el bosque de Bondy. Este rasgo tiene una relacion muy íntima con el suelo que esploramos, para que haya de ser pasado en silencio, y por tanto lo reproducimos bajo la fé que merezca el teatro de honor y de caballería de la Colombières.

El benedictino Bernardo de Montfaucon lo estrajo tal como nosotros lo damos; él rectificará los errores en que los novelistas han debido caer. «Habia un gentil-hombre que algunos han calificado de alguacil de Cárlos V, y que yo creo deber calificar mejor de gentil-hombre ordinario ó cortesano, porque la historia latina, de donde tomo esta noticia, le llama *Aulicus*. Era este, segun algunos historiadores, el caballero Macario, que envidioso del favor que el rey dispensaba á uno de sus compañeros nombrado Aubry de Montdidier, lo acechó tantas veces, que al fin logró atraparlo en el bosque de Boudy, acompañado solo de su perro (que algunos historiadores, y notablemente el Señor de Audignier, dicen haber sido un galgo de lazo), y hallando la ocasion favorable para satisfacer su funesta envidia, le da muerte, lo entierra en el bosque y vuelve despues á la corte aparentando serenidad. El perro, por su parte, no se mueve de sobre la fosa en que ha sido enterrado su amo, hasta que la rabia de la hambre lo obliga á venir á Paris, en donde estaba el rey, á pedir pan á los amigos de su amo, y al momento siguiente se vuelve al lugar en que el miserable asesino lo habia enterrado: algunos de los que lo vieron ir y venir, solo ahullando y gritando, como si por medio de ladridos estraordinarios quisiera descubrir su dolor y declarar la desgracia de su señor, lo siguieron por el bosque, y observando esactamente todo lo que hacia, vieron que se paraba en un lugar donde la tierra habia sido recientemente removida: esto los determinó á escarvar, y hallaron el cadáver, al que dispensaron los honores de mas digna sepultura; mas no pudieron descubrir al autor de tan ecsecrable asesinato. Como este pobre perro fué á dar á poder de uno de los parientes del difunto y lo seguia, llegó á ver por casualidad al asesino de su primer amo, y escogiéndolo de entre los demas gentiles-hombres ó arqueros, lo ataca con grande violencia, salta á su cuello y hace cuanto puede para morderlo y sofocarlo. Se le pega, se le lanza, y sin embargo, vuelve contìnuamente, y como le impiden acercarse, se molesta y ladra desde léjos, dirigiendo las amenazas hacia la parte por donde siente que se ha salvado el asesino. Notándose que continúa sus asaltos siempre que vuelve á encontrar á aquel hombre, se comienza á sospechar del hecho, con tanta mas razon, cuanto que á nadie amagaba el pobre perro,